



La profesora Blanquita

Martha Zoraya Ávila Echeverri
Docente

En la década de los setenta conocí a la profesora Blanca. Era la hora de aprender a leer y escribir, a sumar y restar, aprender español y matemáticas. Ella sería quien me llevara por este camino de la escolarización.

La señora Blanca, como todos le decían, era la dueña de un colegio pequeño de barrio y contaba con el prestigio y la admiración de la comunidad. Lo que no sabían nuestros padres era que esta señora cincuentona era una vieja, anticuada, aprovechada, que seguía muy bien la pedagogía lancasteriana de "la letra con sangre entra" y que, sobre todo, le interesaba mucho la plata que recibía de nuestros padres; porque los niños éramos para ella sólo una garantía económica, pues bien, como se podrán imaginar esta maestra se podía enmarcar dentro de los maestros sádicos que gozan con el sufrimiento de sus alumnos; ya que lo único que les satisface es mantener la autoridad y sumisión de sus discípulos.

¿Cómo influyó en mí esta maestra? Pues bien: una de mis frustraciones, que creo superada, fueron las matemáticas. Estoy convencida de que no fue porque no pudiera, sino porque esta señora me hizo perder el entusiasmo y amor por esta materia; pues sus métodos para enseñarla eran muy coercitivos, en ellos imperaba el maltrato tanto físico, como psicológico, la memorización primaba a la comprensión y el análisis.

Recuerdo con claridad que una de sus hazañas era la de enseñarnos las tablas de multiplicar al derecho y al revés. En primer grado, nos colocaba a los niños y niñas de todos los cursos en círculo en el patio y empezaba a preguntarnos las benditas tablas. Cuando esta señora se paraba al frente de mí, se me olvidaba todo y no era capaz de responder; entonces me pasaba al frente de todos, me bajaba los interiores y me daba con una regleta tres golpes; yo me sentía humillada, menospreciada y avergonzada por no saber responder acertadamente. En mi condición de niña la única forma de escape era el odio que acumulaba día tras día, por la materia y, por supuesto, por mi "gran maestra".

Por otra parte, como este mismo método lo aplicaba a todos mis compañeros, no era la única castigada y esto de algún modo era para mí un consuelo. Pues todos los castigados formamos un grupo muy solidario. Conclusión, llegué a quinto de bachillerato sin aprenderme las dichas tablas y pasando matemáticas a trancas y a mochas, todo para poder ganar el año. No supe cuántos de mis compañeritos de la misma época sufrieron este mismo trauma.

Lo más caótico de todo era que nuestros padres la admiraban por su rigidez y exigencia y por ello la catalogaban de buena maestra; además, porque nos colocaba tareas interminables, en especial planas y planas. Esto contribuía a formarnos "hábitos de responsabilidad y disciplina escolar", decía ella.

La señora Blanca, recuerdo muy bien, tenía un hijo, de más o menos 16 años, y algunas veces lo mandaba a dictarnos clase. Las clases del muy reprimido, consistían en darnos golpes a diestra y siniestra y burlarse de nosotros porque llorábamos y le protestábamos. Siempre nos amenazaba diciéndonos que le diría a su mamá sobre lo mal que nos habíamos portado durante el día, y así ganarnos un tremendo castigo y por si fuera poco, además, nos pondría uno, todo con el fin de que le obedeciéramos.

La profesora Blanca, aunque con sus métodos autoritarios, tan cuestionables hoy en día, nos "enseñó" a leer, escribir, sumar y restar. Todos memorizábamos las lecciones y hacíamos las tareas, pues temíamos a muchos de sus castigos y a su mal genio. Como toda maestra de este tipo, tenía su alumna preferida, era Pilar, una niña muy creída, hija de un médico, que tenía una droguería en el barrio. A Pilar nunca le pegaba y le dedicaba todo el tiempo del mundo en explicaciones con el fin de que comprendiera todo muy bien. Le ayudaba permanentemente y la consentía, la presentaba a todos como la alumna ejemplar.

Como en todo colegio de barrio, doña Blanca se esforzaba mucho por hacer actos culturales para los padres y demostrarles la calidad de su plantel. Organizaba obras de teatro, poesía y bailes; todo era muy minucioso y bien preparado. Estas actividades siempre eran un éxito y los padres salían contentos y orgullosos de vernos actuar y participar. Lo que no sabían eran todos los maltratos y regañones que recibíamos antes del gran día; pues nuestra profesora ensayaba constantemente cada presentación y nos obligaba con sus métodos a aprendernos nuestros papeles y a no equivocarnos.

La señora Blanca siempre permanecerá en mi memoria como una maestra de colegio, de primeras letras, muy parecida a las que describen los libros de historia y los archivos del siglo XIX, en donde los niños debían obedecer, memorizar y "aprender" y en donde al maestro no le faltaba la palmeta para castigar a aquellos que no cumplieran con los requerimientos de este.

Pues desde mis primeros años, gracias a los "buenos métodos" de mi maestra, doña Blanca, odié con todas mis fuerzas esta materia. Hoy todavía cuando realizo las clases de matemáticas con mis alumnas, me acuerdo del temor que esta maestra me producía y por ello será que, según mis alumnas, me esfuerzo mucho por hacer de esta materia algo agradable y divertido, hasta tal punto que una de mis alumnas me dijo: profesora, a usted le gustan mucho las matemáticas ¿verdad? Nunca les he contado mi historia.

